

DEUDA PENDIENTE

- ¿Cómo va el nuevo expediente?
- Lo mismo de siempre, el juez nuevamente fue recusado.
- Esto ya se torna insoportable, cercano a la locura.

Las dos figuras jóvenes, frente a frente. No eran hermanos, ni parientes, pero lo parecían. Similar vestimenta, mismo kipá, y la misma expresión de desasosiego e impotencia.

- ¡Erika!, ya son casi las seis, andá cortando el strudel y preparando el té.

Las seis de la tarde en punto y la puerta se abrió. La delgada silueta de Frank quedó enmarcada por los troncos que obraban de marco de la puerta. Sólo una mirada hacia mí, y la venia de siempre.

No había nada que decir, hacía años que el solitario anciano llegaba puntualmente, pedía un té y una porción de strudel de manzana, el lugar junto a la ventana sólo era ocupado por él. Los parroquianos de Villa General Belgrano ya lo sabían y aunque no estuviera, nadie ocupaba ese sitio junto a la ventana.

¿Quién mirará esos pinos, las casas con flores y la cumbrecita desde allí, cuando ya no estés?

Porque algún día serán las seis y Frank no entrará por esa puerta. De pronto sentí nostalgia anticipada por ese día que no tardaría en llegar.

No prestó mucha atención a los jóvenes que estaban a sus espaldas.

- Las pruebas están... ¡¿qué más quieren?! Con Menem en Chile, creí que las cosas caminarían de otro modo, pero sigue digitando todo desde allá.

- Juro que si hay un Dios, lo pagarán...

Y de pronto su figura se estremeció; como si su sangre se hubiera transformado en agua helada. La palidez de su rostro y el temblor de sus manos lo delataron. Buscó mi mirada como buscando consuelo y protección, implorando... compasión.

Los fantasmas, ahí de nuevo. ¿Nunca se irían? Le respondí con la mirada, tranquilo Frank, nadie va a delatarte, si es que eso cabe en esta situación.

Y la vida es así. Las paradojas nos atraviesan.

Jóvenes judíos, en una villa alemana, rozando las espaldas de quien está pagando lo que seguramente, muchos años atrás, otro joven judío le pidió a Dios. Lo pagarán.